

EMMA ROIG

Las mujeres ricas de Nueva York se despellejan —eso sí, con exquisita educación— en torno a un buen almuerzo

## Mi Mesa la Carga el Diablo

Los almuerzos de señoras, *Ladies who lunch*, son el último y más poderoso bastión de estrategia femenina. Desde tiempos de **Cleopatra** hasta cuando empezamos a quemar nuestros sujetadores como prueba de liberación femenina han sobrevivido a los reveses de la historia. En esos almuerzos se desvelan adulterios y se expulsa a las transgresoras al exilio social. Todo ejecutado con exquisitos modales y el poder que ejercen aquellas que tienen acceso a los salones de alta costura y a los mejores cirujanos plásticos. **Jackie Kennedy**, su hermana **Lee Radziwill**, **C.Z. Guest**, la **duquesa de Windsor** y el ocasional gay invitado (en este grupo el talentoso **Truman Capote**) fueron los mejores representantes de esta casta en el Nueva York de los sesenta y setenta.

Asistí a uno de estos concilios con un grupo que venía de su club de lectura, donde habían hablado del libro *Mujeres, trabajo y voluntad de liderazgo* escrito por la directora de operaciones de Facebook, **Sheryl Sandberg**. La autora mantiene que las mujeres somos nuestras peores enemigas a la hora de promocionarnos en el mundo laboral. Que muchas practican la autocensura y renuncian a competir con sus colegas masculinos porque saben que cuando se casen y tengan hijos bajarán el ritmo y ¿para qué servirá todo el esfuerzo? Sandberg hizo lo contrario y compitió para comerse el mundo. Hoy es una multimillonaria estrella empresarial, está casada, tiene dos

hijos y sale pronto de la oficina (aunque luego se mate a *emails* desde casa). Ella es la sexta mujer más poderosa del mundo en la lista Forbes, pisándole los talones a **Hillary Clinton**, que hace dos décadas fue también casi crucificada cuando dijo que no sería la típica primera dama dedicada a hacer galletas caseras.

A juzgar por las reacciones y comentarios en este almuerzo de mujeres sin otra profesión que la de generar belleza y exquisitez con el dinero de su marido, Sheryl es el anticristo. “¿Pero cuánta gente tiene de servicio?”, pregunta una. “Más de diez, seguro”, dice otra que recuerda cómo Sandberg, se ha negado siempre a compartir este dato. “Hasta ha contratado a un escritor para que le escriba el libro”, añade una tercera.

Sheryl lo tiene claro. El consejo que da a aquellas que quieran despuntar profesionalmente es que se casen con un marido que comparta las tareas domésticas, como el suyo. No sin haber salido antes con un buen número de “chicos malos”. “Sí, claro”, salta otra. “Pero ¿has visto lo feo y gordo que es su segundo marido? El primero le duró un suspiro”. Vaya golpe bajo, pienso. Un día un hombre muy sabio me dijo: “Las feministas no mentaban cuando afirmaban que se podía tener todo, familia y carrera. Se olvidaron de resaltar que, a veces, no se puede tener al mismo tiempo”. Estoy a punto de compartir la frasecita aquí, pero me callo. Quiero volver a estas comidas que, para los amantes de Maquiavelo, no tienen precio. □